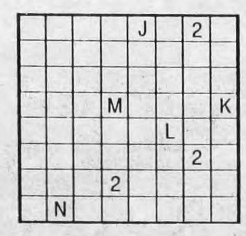
La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.



SOLUCION

J = Torre; K = Caballo; L = Alfil; M = Dama; N = Rey.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
9	0	7	4	1	1
8	6	3	5	0	1
1	8	0	9	2	0
6	3	7	2	0	1
1	6	0	7	1	0

SOLUCION 2804

Verano/12

HAY AMORES QUE MATAN

(Por Luis Bruschtein) Paco era un tipo todo vida, lleno de alegría, hasta que una vez así como así, de la noche a la mañana ¡puf!, se llenó de tristeza y empezó a matar las horas marchitándose de amor junto a las coronas húmedas de calas y claveles, entre los ataúdes apilados contra la pared y las mesas donde los cuerpos aguardan la mortaja y el maquillaje.

Pobrecito Paco suspirando en el galpón de las pompas fúnebres. Ni una sonrisa para las gracias de Raúl, el ayudante, que con su torpeza subnormal hace fumar a los muertos para divertirlo y les aprieta la panza para que se tiren pedos.

Paco sueña con el pelo rubio y tan fino como hilos de seda de Verónica, se pierde por sus ojos azules eternamente asombrados, acaricia la piel casi transparente de tan blanca y se delira con ese cuerpo menudo y delgado de las hadas.

Un día cualquiera amaneció con presentimientos. Así fue ese día desde que subió al furgón con Raúl hasta que llegó a la morgue del Hospital de Haedo. Leyo "Verónica Fuentes, 16 años" y esa misma punzada premonitoria le impidió levantar la sábana para reconocer el contorno que se adivinaba sobre la camilla. Raúl espió y silbó de admiración: "Es la muerta más linda que vi en mi vida", exclamó. Paco pensó: "Es la muerte", y sintió música en el corazón.

Lo de Paco esa noche fue una cita, encrucijada y ceremonia. No pensó, no reflexionó, no rezó ni programó. Ni se preparó. Fue éxtasis puro y nunca pudo recuperar las horas que corrieron hasta la noche. Una vela temblorosa en la cabecera y la sábana que descorrió pulgada a pulgada como si fuera su propia piel y vio primero la mirada indescifrable abierta a las sombras, la boca delicada con apenas una línea roja que caía de la comisura hacia el mentón, los pechos diminutos de pezones duros y un resplandor dorado entre las piernas blancas.

Desnudo en el galpón, ánima solitaria entre las ánimas, parecía un demonio deslumbrado por su tesoro, paralizado por una revelación. Bajó la cabeza, rompió el hechizo y aspiró el aire cargado con formol y perfume de flores. "Al fin solos, muerte", alcanzó a decir antes que desbordara su corazón. Acarició la frente inmóvil, besó las mejillas pálidas. "Verónica, agua de manantial, miel de invierno", susurró al cuerpo helado y silencioso. Desfloró el cuerpo inanimado de la virgen y unió su boca a la de ella en el espasmo final.

En el velatorio, los familiares se preguntaban quién sería el joven que lloraba más que ninguno junto al cajón y hasta se acercaron para consolarlo. "Nada ni nadie podrá regresarla a la vida", le decían, sin entender que él no la quería viva, la quería muerta, pero a su lado.

Con Verónica, Pacó enterró sus ganas de vivir. Huyeron de él como las hormigas, espantadas por los golpes secos de la tierra sobre el cajón. Y así, paso a paso, con un concierto de ocarinas en la cabeza, aturdido, se alejó del cementerio dejando una parte suya en aquella tumba.

Paco yacía momificado en el sillón de las pompas fúnebres. Con los ojos abiertos o cerrados, sólo podía ver los dos cuerpos abrazados por la luz amarilla y temblorosa de la vela en el galpón de los muertos. Dejó de comer, sin fuerza ni voluntad. Adelgazó y se achicó. Un día lo dobló la tos. Otro día sus pulmones silbaron como un carburador sucio y escupió sangre. Fue una bendición cuando supo que al poner su semilla de vida, Verónica se la había cambiado por la de la muerte, que fue dulce con su nombre en los labios y apenas una sonrisa.

LECTU

LA ESTI
DE MA

Por Marc

Ahora que se lo ve seguido po
radio, puede alguien alberga
escribe. Decidido a ganarse e
Remington Rand de su abu
primera novela: "El muchac
Planeta en los próximos meses
quiere la cosa, este cuento e
sadomasoquismo se dan
de la Mes

La oruga levantó una cabeza sin rostro, agitó cientos de patas en el aire y se desplomó en la palma de su mano. La dejó hacer. Con la mano libre, recogió de la alfombra la breve jaula de bambú. El insecto pareció molesto ante la perspectiva de regresar a su cofre: vaciló, pareció someterlo a la revisión de su olfato y entonces, sólo entonces, reptó hasta el interior de la jaula. Comprimiéndose. Distendiéndose. Una vez allí, giró sobre su eje y se quedó observándola.

Ella ignoró la mirada inquisitiva. El cerrojo estaba intacto. Alejó la jaula de su cuerpo, depositándola en su lugar, sobre un ejemplar del *Brut* de Layamon entre cuyas páginas guardaba hojas de morera.

Advirtió, en la palma de su mano, un hilo de saliva, largo como el trayecto que la oruga había completado hasta la jaula. Se limpió con un trapo húmedo. Sin prisas, como si no temiera que pudieran interrumpirla.

De regreso en el Traductorado, atravesó los dos patios que la separaban de la cartelera sin reparar en ningún rostro conocido. En su agenda, dentro del bolso, había cuatro tarjetas con el mismo texto: escogió la más grande. La ubicó en uno de los escasos espacios libres —demasiado alto, demasiado a la izquierda— y la clavó allí, con el alfiler que hasta entonces había sostenido entre los dientes.

"*TRADUCTORA*", decía el cartel, en caracteres negros, profundos. "*TRADUCTORA se ofrece*", decía. "*Part time, full time, trabajos ocasionales. Discreción y eficiencia*". Constaban, además, las ocho cifras de su teléfono y el apellido, a secas, sin iniciales, sin prefijos que impusieran distancia.

"*¿Es usted la... señorita... Hainaut?*", escuchó, a sus espaldas, desde muy abajo. Giró hasta registrar al dueño de la voz, y se quedó mirándole.

Era un hombre viejo, de cabellos blancos y el rostro irritado por una navaja demasiado afilada. En su mano izquierda, prendido por el ala, había un sombrero de fieltro negro. Se preguntó qué había, en el texto, para disparar los caprichos de un anciano. Quizá, se dijo, las palabras traicionaban en exceso sus necesidades, vastas, inexcusables. Quizás el texto la presentara ansiosa, más de lo que ella había calculado.

"*¿Es usted...?*"

"*Sí*", se apresuró a confirmarlo. "*Soy yo*".

La invitó a un café. "*Aquí, al del Traductorado*", dijo. Y agregó: "*Mis intenciones son puramente profesionales*". Caminaron hasta una de las mesas, al pie del ventanal. Ella creyó reconocer a una antigua profesora: su impresión, empero, era errada.

Quería, le dijo apenas se hubieron sentado, ser honesto con ella desde el primer momento. Su *métier* —así dijo: *métier*— era el de producir films. Pero no cine. "*Déjeme explicarle: mis films pertenecen a una categoría a la que muchos encuentran abominable. Lidian, mis películas, con aquellas pasiones que florecen en los rincones oscuros de la mente. Necesito de ellas para subsistir, necesito de ellas para que se fijen sobre un celuloide que después distribuiré en un circuito tan mendaz, tan subterráneo, como las pasiones que le dieron origen*". Se detuvo, agotado el resuello. Pidió un té.

Mientras sorbía, de a tragos cortos y veloces, el líquido al que se había abstenido de agregar azúcar, abundó en detalles sobre "*sus*" films. La profusión de datos, sin embargo, hizo poco por aclarar a Hainaut los propósitos del anciano. Sabía, ya, que "*sus*" films precisaban de la desnudez de los cuerpos, de la actividad desenfrenada del tejido muscular, de la segregación —inexorable, capital, extática— de las glándulas. Se preguntó entonces si los rodeos con que discurría el viejo tendrían algo que ver con la pulcritud de su exterior, o si era algo en ella lo que lo instaba a la delicadeza. "*Discreción*", se dijo. "*Sin duda fue la palabra DISCRECION, tal como figuraba en el aviso, la que lo decidió a acercárseme*".

Sepa, dijo el viejo, que, pese a lo que esté pensando, no la requiero como protagonista de esas oscuras pasiones. "*Estése tranquila: no la pretendo actriz de mis films*", insistió, como si la primera formulación no bastara. "*Quisiera contratarla para una tarea mucho menos azarosa, y que sí se halla dentro del universo de sus ocupaciones, miss Hainaut*". Confesó entonces, sin prescindir nunca de sus circunloquios, que "*sus*" films necesitaban de un doblaje al inglés. "*De una traducción*", añadió. Esos films, dijo, aspiraban a encontrar un lugar en el mercado americano, sin descontar que, así doblados al inglés, aumentaban la rentabilidad tanto en este país como en el resto del subcontinente. "*En inglés, el producto adquiere una suerte de... respetabilidad*", dijo, y luego sacudió la mano a la altura de sus ojos. Estaba hablando de más.

La urgió, entonces, a prestarle su colaboración. "*Sus servicios*", dijo. Una locutora profesional no podía hacerse cargo de la tarea, sino a riesgo de perder su licencia. "*La mía es una actividad, digamos, clandestina, y nadie quiere prestar el cuello a posibles sanciones, en especial en tiempos como éste, en que una licencia vale casi tanto como un salvoconducto*". Dijo, más bien: "*Como un pase*".

Por otra parte, según el viejo, había una notable escasez de actrices con dominio del inglés, o bien, de actrices que cumplieran con ese requisito más el de las agallas suficientes como para prestarse al juego. "*No hace falta más que lea, que interprete, el texto tal como figura en los guiones. Cae de suyo que usted no tendrá nada que ver con el proceso de filmación, ni trabará contacto con nadie, salvo con mi sonorizador. Una labor aséptica, profesional. Casi honorable, digamos*".

Ella reparó, por vez primera, en los ojos del viejo. "*No los tiene*", se dijo, "*no hay nada detrás de la piel que se pliega en sus párpados*". Apenas una película, una burbuja de humor líquido que centelleaba de tanto en tanto: cuando dijo *casi*, por ejemplo. Advertido de la mirada de Hainaut, el viejo se frotó el mentón, como mesándose la barba que no tenía. Precisó una cifra, un horario, las condiciones de trabajo. Ella le devolvió la sonrisa.

"*No le pido que me conteste ahora*", suspiró el viejo. "*Sé que habrá de sopesarlo todo, exhaustivamente, antes de pronunciarse. Sólo llámeme*", dijo, extrayendo una tarjeta del pequeño estuche que atesoraba en el pecho, "*o hágame saber su respuesta*". Su nombre era Erconwald. Dijo: "*Erconwald*". Ella guardó la tarjeta dentro de su agenda. Rechazó otro café.

Las luces del bar titilaron, una, dos, tres veces. Entonces sobrevino un apagón. Hubo un público murmullo de disgusto, que no cejó segundos después, cuando los tubos comenzaron nuevamente a zumbar.

"*Otra lluvia de ozono*", dijo el viejo, acariciando de modo mecánico el mango recto de su paraguas. "*Cuídese*", se despidió, tendiéndole la mano.

Cuando Hainaut pasó por delante de la cartelera, instantes más tarde, su aviso ya no estaba allí.

La jaula de bambú seguía en su lugar. Hainaut dejó caer el capote sobre el edredón de madreperlas, y marcó ocho números en el teléfono. Le contestó la voz esperada. Conectó, pues, una ficha al amplificador, y se echó sobre la cama. "*Hola, abuela*", dijo. "*¿Precisas algo?*", inquirió la otra voz, desde los parlantes. Ella pretendió que no. Dijo: "*Nada*", mientras se quitaba los zapatos. Le preguntaron que si estaba segura. Que siempre necesitaba algo. Imaginó un destello en los ojos de la vieja: cuando decía *siempre*, por ejemplo. Solía hallar fascinante el toque, una palabra, unos puntos suspensivos, con que la vieja podía, a su antojo, hacerle perder la compostura. Una cuestión lingüística: pensaba que todo se reducía a eso.

"*Quería saber cómo estabas, nada más*". Apenas pronunció la frase, advirtió que lo que había formulado era una disculpa. Se enfureció. La piel de entre los dedos de los pies comenzó a picarle, y se rascó con ambas manos. "*¿Por qué no llamaste ayer?*", dijo la abuela, una abuela doble, en ambos parlantes. Balbuceó una respuesta.

Sobre el *Ulysses* había un portarretratos. La foto pertenecía a una vieja, pero no a su abuela: era un cromo que había recortado de una revista, una mujer cualquiera, de la que ni siquiera retenía el nombre. Se quedó mirándola. Su silencio instó a la anciana a cortar la comunicación. Los parlantes, sin embargo, siguieron vibrando, dando paso, de tanto en tanto, a la voz del radioaficionado del piso superior. Sus transmisiones solían colarse en los aparatos electrónicos de Hainaut. Hasta en la tostadora. Decía: "*RRPK26, llamando*", o algo así. Perseveraba en busca de un contacto en el exterior, sin mucha fortuna. Un amigo en los países en que no había lluvia.

Alguien alcanzó el sobre a Erconwald. Franqueo simple, notó. En el interior estaba su tarjeta personal, la que había dado a Hainaut. Con lápiz, en el reverso, decía apenas: "Sí". En castellano.

Trabajaba, espasmódicamente, en un ensayo sobre Sir Thomas Malory y *Le Morte d'Arthur*. Nadie le había requerido esa labor. Nadie, estaba seguro, iba a manifestar más que un leve, e inacabado, deseo de publicarla. Quizá radicara allí, se decía Hainaut a menudo, el porqué de su infatuación con Malory: la fascinaba la idea de estar colaborando con un saber inútil, gratuito, casi solipsista, al que ninguna justificación lograría legitimar.

Malory, fuente de referencia obligatoria en todo lo que hiciera al Ciclo de la Mesa Redonda —Arthur el rey, Lancelot, la búsqueda del Graal—, no era, para Hainaut, sino un traductor. Como John Lawlor, de la Universidad de Keele, adscribía a la teoría de que Malory no habría hecho más que traducir al inglés un original perdido, presumiblemente de origen francés.

Pensaba, incluso, que Malory había sembrado indicios al respecto a lo largo de su obra. Huellas, signos labrados a conciencia, como parte de un juego.

En el Libro Primero, capítulo 17, Merlín visita a un tal Bleise, "*que moraba en Northumberland*", a quien narra las hazañas de Arthur. "*Merlín hizo que Bleise* (¿un nombre francés?) *escribiera sobre todas las batallas que tuvieron lugar en los días de Arthur*", dice Malory. Quizás en ese Bleise se cifrara la identidad del escritor original, un galo. O quizás Bleise fuera el mismo Malory, quien, además, no habría hecho sino redactar la versión de un otro: "*Y así Bleise describió la batalla, palabra a palabra, tal como Merlín se la contó...*".

Hainaut mojó la punta del lápiz con su lengua. Escribió, entonces, sobre el cuaderno en el que acumulaba sus notas: "*Al traducir* (subrayó la palabra *traducir* con dos trazos), *Malory introduce modificaciones sustanciales. Cambia el punto de vista de las que, se conjetura, fueron sus fuentes. El CF*—por *CF* Hainaut entendía *Ciclo Francés*, la leyenda tal como fue narrada por poetas galos, previos a Malory— *apuesta a lo espiritual por sobre lo terreno. Corbenic, el castillo donde se halla el Graal, prima sobre Camelot, el hogar de los guerreros. Galahad, Bors y Perceval, que poco han hecho en el campo de batalla, triunfan donde Arthur y Lancelot muerden el polvo: esto es, la obtención del Graal*".

Hainaut quiere escribir que Malory, el traductor, desecha ese punto de vista por otro más prosaico. Quiere anotar que Malory se desvela por lo terreno, por las penurias sexuales de sus criaturas, por las expediciones que necesitan ser financiadas. Quiere apuntar, además, que ello no es ajeno a la experiencia del Sir Thomas Malory o Maleore que envejeció en una prisión, a la caída de la casa de Lancaster, por robo y violación de una mujer.

Suena, entonces, el teléfono. Hainaut aparta de sí el cuaderno, el lápiz, los dos tomos de Malory, el libro de Vinaver, el diccionario. La voz que la pretende es conocida. Ella dice que no, que esa noche no, y que tampoco mañana, pero que el martes es posible. "*Mañana no*", insiste. "*Mañana empiezo a trabajar*".

A través del vidrio esmerilado, intuyó un haz horizontal de luz. Golpeó. La invitaron a pasar. "*Un cubículo*", se dijo Hainaut. Alcanzó a registrar una máquina de café, una larga mesa con equipos electrónicos, un perchero, el afiche de un film de David Lynch. Alguien apagó el proyector, y entonces la penumbra fue total.

"*Buenos días*", le dijeron. Sintió una mano sobre su brazo. La luz se encendió. "*Soy el sonorizador. Mi nombre es Wulfsige*". Eso dijo: "*Wulfsige*". Hainaut le sonrió. Admitió sentir deseos de un café. Mientras Wulfsige lo servía, se quitó el capote y lo observó.

De espaldas, parecía un leñador. Llevaba una camisa a cuadros, verdinegra, un pantalón de corderoy, zapatillas de raso rojo. "*¿Azúcar?*". Dijo que no. Wulfsige depositó la taza sobre la mesa, corrió hacia atrás una de las dos sillas y la invitó a sentarse.

De frente, barbado como era, le evocó al Dennis Hopper de *Easy Rider*. Se sentó también. "*Bienvenida*", le dijo. "*Lamento las reducidas dimensiones del cuarto. Desearía que fuera algo más acogedor, pero, ya ve, esto es todo con lo que contamos*". Acudió, nuevamente, a una sonrisa. Hainaut lo vio abrir la boca, vacilar, sumir la cabeza en el pecho. "*Iba a decirme algo*", pensó, "*pero prefirió callar*". El texto del aviso tintineó en su mente: discreción y eficiencia.

A cambio, le entregó la copia de un guión cinematográfico. Se suponía, le dijo, que ese iba a ser su primer film. Revisó, velozmente, las cuartillas en inglés. "*Sólo debe leer, interpretar, lo que ya está escrito*", aseguró Wulfsige, mirándola a los ojos.

"*Tómese su tiempo. Reléalo. Es sencillo. La dejaré sola, mientras tanto*". Dijo ausentarse para comprar cigarrillos y algo de comida. Antes de partir, se calzó un capote amarillo y un par de botas rígidas, sin siquiera quitarse las zapatillas. Ya erguido, lo vio detenerse, como olisqueando. "*La lluvia*", dijo. "*Nunca se sabe*".

Encendió el proyector. "*Así se irá habituando a las imágenes, con el guión en la mano*". Musitó un hasta luego. Hubo, entonces, una nueva vacilación, y el chasquido de la puerta al cerrarse.

Estaba sola. Fue abriendo el guión al azar, hacia atrás y hacia adelante, deteniéndose en frases sueltas. La historia no existía. Apenas pretextos para hilar bravatas, fintas genitales, una prolongada exposición carnal. Regresó a la portada, en busca del título del film: se llamaba *Sadine*. Importunada por el sonido mecánico del proyector, Hainaut torció su cuerpo hacia la fuente de luz.

En el muro, sobre la pantalla, tres cuerpos se anudaban en silencio.

"*No pensará permanecer con la boca cerrada*", la acosó Wulfsige. "*El guión no especifica nada para estas escenas*", replicó. Le escocían las manos. Habían trabajado durante un par de horas, dando cuenta de los primeros minutos del film, en que se tendían los tenues hilos de la "*historia*". Wulfsige sacudió la cabeza. "*Lo sé. Lo sé. Pero mire: observe lo que está pasando en la pantalla. No podemos dejar esas imágenes en silencio. No podemos, tampoco, subir el volumen de la música. Necesitamos de su voz. Necesitamos de su garganta*".

Hainaut desvió la vista hasta el cerrojo que trababa la puerta. Quiso resistirse, pero ahogó sus palabras: no podía alegar nada respecto de la propuesta de Erconwald, sin poner en evidencia, al menos, su propia ingenuidad. "*¿Debo... gemir?*", preguntó. Wulfsige clavó la mirada en la pantalla, por toda respuesta.

La imagen rodó hacia atrás, y se detuvo en un punto. Wulfsige hurgó en un cajón, de donde extrajo una caperuza de gomapluma, que ajustó sobre el micrófono de Hainaut. "*Así podrá acercarse más, sin temor alguno.*"



LA ESTRATEGIA DE MALORY

Por Marcelo Figueras

Ahora que se lo ve seguido por televisión, y se lo escucha por radio, puede alguien albergar sospechas, pero no. Figueras escribe. Decidido a ganarse el mote de *escritor*, fatiga la vieja Remington Rand de su abuelo poniendo punto final a su primera novela: "El muchacho peronista" —que publicará Planeta en los próximos meses— y entrega así, como quien no quiere la cosa, este cuento en el que el cine, las orugas y el sadomasoquismo se dan la mano con los Caballeros de la Mesa Redonda.

La oruga levantó una cabeza sin rostro, agitó cientos de patas en el aire y se desplomó en la palma de su mano. La dejó hacer. Con la mano libre, recogió de la alfombra la breve jaula de bambú. El insecto pareció molesto ante la perspectiva de regresar a su cofre: vaciló, pareció someterlo a la revisión de su olfato y entonces, sólo entonces, reptó hasta el interior de la jaula. Comprimiéndose. Distendiéndose. Una vez allí, giró sobre su eje y se quedó observándola.

Ella ignoró la mirada inquisitiva. El cerrojo estaba intacto. Alejó la jaula de su cuerpo, depositándola en su lugar, sobre un ejemplar del *Brut* de Layamon entre cuyas páginas guardaba hojas de morera.

Advirtió, en la palma de su mano, un hilo de saliva, largo como el trayecto que la oruga había completado hasta la jaula. Se limpió con un trapo húmedo. Sin prisas, como si no temiera que pudieran interrumpirla.

De regreso en el Traductorado, atravesó los dos patios que la separaban de la cartelera sin reparar en ningún rostro conocido. En su agenda, dentro del bolso, había cuatro tarjetas con el mismo texto: escogió la más grande. La ubicó en uno de los escasos espacios libres —demasiado alto, demasiado a la izquierda— y la clavó allí, con el alfiler que hasta entonces había sostenido entre los dientes.

"*TRADUCTORA*", decía el cartel, en caracteres negros, profundos. "*TRADUCTORA se ofrece*", decía. "*Part time, full time, trabajos ocasionales. Discreción y eficiencia*". Constaban, además, las ocho cifras de su teléfono y el apellido, a secas, sin iniciales, sin prefijos que impusieran distancia.

"*¿Es usted la... señorita... Hainaut?*", escuchó, a sus espaldas, desde muy abajo. Giró hasta registrar al dueño de la voz, y se quedó mirándole.

Era un hombre viejo, de cabellos blancos y el rostro irritado por una navaja demasiado afilada. En su mano izquierda, prendido por el ala, había un sombrero de fieltro negro. Se preguntó qué había, en el texto, para disparar los caprichos de un anciano. Quizá, se dijo, las palabras traicionaban en exceso sus necesidades, vastas, inexcusables. Quizás el texto la presentara ansiosa, más de lo que ella había calculado.

"*¿Es usted...?*"

"*Sí*", se apresuró a confirmarlo. "*Soy yo*".

La invitó a un café. "*Aquí, al del Traductorado*", dijo. Y agregó: "*Mis intenciones son puramente profesionales*". Caminaron hasta una de las mesas, al pie del ventanal. Ella creyó reconocer a una antigua profesora: su impresión, empero, era errada.

Quería, le dijo apenas se hubieron sentado, ser honesto con ella desde el primer momento. Su *métier* —así dijo: *métier*— era el de producir films. Pero no cine. "*Déjeme explicarle: mis films pertenecen a una categoría a la que muchos encuentran abominable. Lidian, mis películas, con aquellas pasiones que florecen en los rincones oscuros de la mente. Necesito de ellas para subsistir, necesito de ellas para que se fijen sobre un celuloide que después distribuiré en un circuito tan mendaz, tan subterráneo, como las pasiones que le dieron origen*". Se detuvo, agotado el resuello. Pidió un té.

Mientras sorbía, de a tragos cortos y veloces, el líquido al que se había abstenido de agregar azúcar, abundó en detalles sobre "*sus*" films. La profusión de datos, sin embargo, hizo poco por aclarar a Hainaut los propósitos del anciano. Sabía, ya, que "*sus*" films precisaban de la desnudez de los cuerpos, de la actividad desenfrenada del tejido muscular, de la segregación —inexorable, capital, extática— de las glándulas. Se preguntó entonces si los rodeos con que discurría el viejo tendrían algo que ver con la pulcritud de su exterior, o si era algo en ella lo que lo instaba a la delicadeza. "*Discreción*", se dijo. "*Sin duda fue la palabra DISCRECION, tal como figuraba en el aviso, la que lo decidió a acercárseme*".

Sepa, dijo el viejo, que, pese a lo que esté pensando, no la requiero como protagonista de esas oscuras pasiones. "*Estése tranquila: no la pretendo actriz de mis films*", insistió, como si la primera formulación no bastara. "*Quisiera contratarla para una tarea mucho menos azarosa, y que sí se halla dentro del universo de sus ocupaciones, miss Hainaut*". Confesó entonces, sin prescindir nunca de sus circunloquios, que "*sus*" films necesitaban de un doblaje al inglés. "*De una traducción*", añadió. Esos films, dijo, aspiraban a encontrar un lugar en el mercado americano, sin descontar que, así doblados al inglés, aumentaban la rentabilidad tanto en este país como en el resto del subcontinente. "*En inglés, el producto adquiere una suerte de... respetabilidad*", dijo, y luego sacudió la mano a la altura de sus ojos. Estaba hablando de más.

La urgió, entonces, a prestarle su colaboración. "*Sus servicios*", dijo. Una locutora profesional no podía hacerse cargo de la tarea, sino a riesgo de perder su licencia. "*La mía es una actividad, digamos, clandestina, y nadie quiere prestar el cuello a posibles sanciones, en especial en tiempos como éste, en que una licencia vale casi tanto como un salvoconducto*". Dijo, más bien: "*Como un pase*".

Por otra parte, según el viejo, había una notable escasez de actrices con dominio del inglés, o bien, de actrices que cumplieran con ese requisito más el de las agallas suficientes como para prestarse al juego. "*No hace falta más que lea, que interprete, el texto tal como figura en los guiones. Cae de suyo que usted no tendrá nada que ver con el proceso de filmación, ni trabará contacto con nadie, salvo con mi sonorizador. Una labor aséptica, profesional. Casi honorable, digamos*".

Ella reparó, por vez primera, en los ojos del viejo. "*No los tiene*", se dijo, "*no hay nada detrás de la piel que se pliega en sus párpados*". Apenas una película, una burbuja de humor líquido que centelleaba de tanto en tanto: cuando dijo *casi*, por ejemplo. Advertido de la mirada de Hainaut, el viejo se frotó el mentón, como mesándose la barba que no tenía. Precisó una cifra, un horario, las condiciones de trabajo. Ella le devolvió la sonrisa.

"*No le pido que me conteste ahora*", suspiró el viejo. "*Sé que habrá de sopesarlo todo, exhaustivamente, antes de pronunciarse. Sólo llámeme*", dijo, extrayendo una tarjeta del pequeño estuche que atesoraba en el pecho, "*o hágame saber su respuesta*". Su nombre era Erconwald. Dijo: "*Erconwald*". Ella guardó la tarjeta dentro de su agenda. Rechazó otro café.

Las luces del bar titilaron, una, dos, tres veces. Entonces sobrevino un apagón. Hubo un público murmullo de disgusto, que no cejó segundos después, cuando los tubos comenzaron nuevamente a zumbar.

"*Otra lluvia de ozono*", dijo el viejo, acariciando de modo mecánico el mango recto de su paraguas. "*Cuídese*", se despidió, tendiéndole la mano.

Cuando Hainaut pasó por delante de la cartelera, instantes más tarde, su aviso ya no estaba allí.

La jaula de bambú seguía en su lugar. Hainaut dejó caer el capote sobre el edredón de madreperlas, y marcó ocho números en el teléfono. Le contestó la voz esperada. Conectó, pues, una ficha al amplificador, y se echó sobre la cama. "*Hola, abuela*", dijo. "*¿Precisas algo?*", inquirió la otra voz, desde los parlantes. Ella pretendió que no. Dijo: "*Nada*", mientras se quitaba los zapatos. Le preguntaron que si estaba segura. Que siempre necesitaba algo. Imaginó un destello en los ojos de la vieja: cuando decía *siempre*, por ejemplo. Solía hallar fascinante el toque, una palabra, unos puntos suspensivos, con que la vieja podía, a su antojo, hacerle perder la compostura. Una cuestión lingüística: pensaba que todo se reducía a eso.

"*Quería saber cómo estabas, nada más*". Apenas pronunció la frase, advirtió que lo que había formulado era una disculpa. Se enfureció. La piel de entre los dedos de los pies comenzó a picarle, y se rascó con ambas manos. "*¿Por qué no llamaste ayer?*", dijo la abuela, una abuela doble, en ambos parlantes. Balbuceó una respuesta.

Sobre el *Ulysses* había un portarretratos. La foto pertenecía a una vieja, pero no a su abuela: era un cromo que había recortado de una revista, una mujer cualquiera, de la que ni siquiera retenía el nombre. Se quedó mirándola. Su silencio instó a la anciana a cortar la comunicación. Los parlantes, sin embargo, siguieron vibrando, dando paso, de tanto en tanto, a la voz del radioaficionado del piso superior. Sus transmisiones solían colarse en los aparatos electrónicos de Hainaut. Hasta en la tostadora. Decía: "*RRPK26, llamando*", o algo así. Perseveraba en busca de un contacto en el exterior, sin mucha fortuna. Un amigo en los países en que no había lluvia.

Alguien alcanzó el sobre a Erconwald. Franqueo simple, notó. En el interior estaba su tarjeta personal, la que había dado a Hainaut. Con lápiz, en el reverso, decía apenas: "Sí". En castellano.

Trabajaba, espasmódicamente, en un ensayo sobre Sir Thomas Malory y *Le Morte d'Arthur*. Nadie le había requerido esa labor. Nadie, estaba seguro, iba a manifestar más que un leve, e inacabado, deseo de publicarla. Quizá radicara allí, se decía Hainaut a menudo, el porqué de su infatuación con Malory: la fascinaba la idea de estar colaborando con un saber inútil, gratuito, casi solipsista, al que ninguna justificación lograría legitimar.

Malory, fuente de referencia obligatoria en todo lo que hiciera al Ciclo de la Mesa Redonda —Arthur el rey, Lancelot, la búsqueda del Graal—, no era, para Hainaut, sino un traductor. Como John Lawlor, de la Universidad de Keele, adscribía a la teoría de que Malory no habría hecho más que traducir al inglés un original perdido, presumiblemente de origen francés.

Pensaba, incluso, que Malory había sembrado indicios al respecto a lo largo de su obra. Huellas, signos labrados a conciencia, como parte de un juego.

En el Libro Primero, capítulo 17, Merlín visita a un tal Bleise, "*que moraba en Northumberland*", a quien narra las hazañas de Arthur. "*Merlín hizo que Bleise* (¿un nombre francés?) *escribiera sobre todas las batallas que tuvieron lugar en los días de Arthur*", dice Malory. Quizás en ese Bleise se cifrara la identidad del escritor original, un galo. O quizás Bleise fuera el mismo Malory, quien, además, no habría hecho sino redactar la versión de un otro: "*Y así Bleise describió la batalla, palabra a palabra, tal como Merlín se la contó...*".

Hainaut mojó la punta del lápiz con su lengua. Escribió, entonces, sobre el cuaderno en el que acumulaba sus notas: "*Al traducir* (subrayó la palabra *traducir* con dos trazos), *Malory introduce modificaciones sustanciales. Cambia el punto de vista de las que, se conjetura, fueron sus fuentes. El CF* —por *CF* Hainaut entendía *Ciclo Francés*, la leyenda tal como fue narrada por poetas galos, previos a Malory— *apuesta a lo espiritual por sobre lo terreno. Corbenic, el castillo donde se halla el Graal, prima sobre Camelot, el hogar de los guerreros. Galahad, Bors y Perceval, que poco han hecho en el campo de batalla, triunfan donde Arthur y Lancelot muerden el polvo: esto es, la obtención del Graal*".

Hainaut quiere escribir que Malory, el traductor, desecha ese punto de vista por otro más prosaico. Quiere anotar que Malory se desvela por lo terreno, por las penurias sexuales de sus criaturas, por las expediciones que necesitan ser financiadas. Quiere apuntar, además, que ello no es ajeno a la experiencia del Sir Thomas Malory o Maleore que envejeció en una prisión, a la caída de la casa de Lancaster, por robo y violación de una mujer.

Suena, entonces, el teléfono. Hainaut aparta de sí el cuaderno, el lápiz, los dos tomos de Malory, el libro de Vinaver, el diccionario. La voz que la pretende es conocida. Ella dice que no, que esa noche no, y que tampoco mañana, pero que el martes es posible. "*Mañana no*", insiste. "*Mañana empiezo a trabajar*".

A través del vidrio esmerilado, intuyó un haz horizontal de luz. Golpeó. La invitaron a pasar. "*Un cubículo*", se dijo Hainaut. Alcanzó a registrar una máquina de café, una larga mesa con equipos electrónicos, un perchero, el afiche de un film de David Lynch. Alguien apagó el proyector, y entonces la penumbra fue total.

"*Buenos días*", le dijeron. Sintió una mano sobre su brazo. La luz se encendió. "*Soy el sonorizador. Mi nombre es Wulfsige*". Eso dijo: "*Wulfsige*". Hainaut le sonrió. Admitió sentir deseos de un café. Mientras Wulfsige lo servía, se quitó el capote y lo observó.

De espaldas, parecía un leñador. Llevaba una camisa a cuadros, verdinegra, un pantalón de corderoy, zapatillas de raso rojo. "*¿Azúcar?*". Dijo que no. Wulfsige depositó la taza sobre la mesa, corrió hacia atrás una de las dos sillas y la invitó a sentarse.

De frente, barbado como era, le evocó al Dennis Hopper de *Easy Rider*. Se sentó también. "*Bienvenida*", le dijo. "*Lamento las reducidas dimensiones del cuarto. Desearía que fuera algo más acogedor, pero, ya ve, esto es todo con lo que contamos*". Acudió, nuevamente, a una sonrisa. Hainaut lo vio abrir la boca, vacilar, sumir la cabeza en el pecho. "*Iba a decirme algo*", pensó, "*pero prefirió callar*". El texto del aviso tintineó en su mente: discreción y eficiencia.

A cambio, le entregó la copia de un guión cinematográfico. Se suponía, le dijo, que ese iba a ser su primer film. Revisó, velozmente, las cuartillas en inglés. "*Sólo debe leer, interpretar, lo que ya está escrito*", aseguró Wulfsige, mirándola a los ojos.

"*Tómese su tiempo. Reléalo. Es sencillo. La dejaré sola, mientras tanto*". Dijo ausentarse para comprar cigarrillos y algo de comida. Antes de partir, se calzó un capote amarillo y un par de botas rígidas, sin siquiera quitarse las zapatillas. Ya erguido, lo vio detenerse, como olisqueando. "*La lluvia*", dijo. "*Nunca se sabe*".

Encendió el proyector. "*Así se irá habituando a las imágenes, con el guión en la mano*". Musitó un hasta luego. Hubo, entonces, una nueva vacilación, y el chasquido de la puerta al cerrarse.

Estaba sola. Fue abriendo el guión al azar, hacia atrás y hacia adelante, deteniéndose en frases sueltas. La historia no existía. Apenas pretextos para hilar bravatas, fintas genitales, una prolongada exposición carnal. Regresó a la portada, en busca del título del film: se llamaba *Sadine*. Importunada por el sonido mecánico del proyector, Hainaut torció su cuerpo hacia la fuente de luz.

En el muro, sobre la pantalla, tres cuerpos se anudaban en silencio.

"*No pensará permanecer con la boca cerrada*", la acosó Wulfsige. "*El guión no especifica nada para estas escenas*", replicó. Le escocían las manos. Habían trabajado durante un par de horas, dando cuenta de los primeros minutos del film, en que se tendían los tenues hilos de la "*historia*". Wulfsige sacudió la cabeza. "*Lo sé. Lo sé. Pero mire: observe lo que está pasando en la pantalla. No podemos dejar esas imágenes en silencio. No podemos, tampoco, subir el volumen de la música. Necesitamos de su voz. Necesitamos de su garganta*".

Hainaut desvió la vista hasta el cerrojo que trababa la puerta. Quiso resistirse, pero ahogó sus palabras: no podía alegar nada respecto de la propuesta de Erconwald, sin poner en evidencia, al menos, su propia ingenuidad. "*¿Debo... gemir?*", preguntó. Wulfsige clavó la mirada en la pantalla, por toda respuesta.

La imagen rodó hacia atrás, y se detuvo en un punto. Wulfsige hurgó en un cajón, de donde extrajo una caperuza de gomapluma, que ajustó sobre el micrófono de Hainaut. "*Así podrá acercarse más, sin temor alguno. No tenga miedo de su propia saliva. Se halla a salvo de cualquier shock eléctrico*".

Estaba lista, creyó decir, asintiendo con la cabeza. La imagen se puso otra vez en movimiento: una puerta que se abre, rostros que se interrogan, el comienzo del simulacro galante. Pensó en la oruga. Sobre la pantalla, los broches cedían y la ropa besaba el piso. Hainaut abrió la boca, trémula, trabando el vientre. De su garganta no salió sino un lamento.

"*No puedo*", arguyó.

"*Sí puede*", oyó a Wulfsige, instándola a seguir.

El lamento cobró entonces vigor, más y más ronco a cada bocanada, escaldándose el pecho, hasta culminar en un único y prolongado grito de dolor. Wulfsige detuvo el proyector. "*Bien*", quiso alentarla. "*Mucho mejor*".

Lo intentaron durante una hora más. Entonces Wulfsige encendió las lámparas del cuarto y le sugirió se retirara a descansar, que seguramente la próxima jornada sería más fructífera, que siempre pasaba lo mismo en las primera sesiones.

La puerta, una oblea de vidrio esmerilado, se cerró a sus espaldas. Se preguntó qué la retenía allí, en un pasillo, como si el suelo rezumara miel y no pudiera despegar las botas.

En cuclillas, sobre la alfombra, buceó entre los papeles sueltos hasta dar con un periódico viejo. Lo extendió sobre la cama, sin inmutarse por el polvo, que tiznó las madreperlas. Munida de su lápiz, recorrió palmo a palmo la página escogida. Trazó círculos en torno a dos avisos. Con el lápiz entre los dientes, avisada de la creciente torpeza de sus movimientos, marcó ocho cifras en el teléfono. Le contestó una voz desconocida. Introdujo la ficha en el amplificador, y se desplomó sobre la cama.

La voz, conscientemente femenina, requirió algunos datos: qué tarjeta de crédito poseía Hainaut, su número, su código. Se aplicó, entonces, luego de un breve silencio, a describir lo que pensaba hacerle —a ella, a Hainaut— si se encontraban, cara a cara, en un mismo cuarto. Sin escatimar detalles, con la cadencia de un viejo narrador, la voz precisó cómo iba a despojarla de sus ropas —la morosidad del proceso se le antojó, a Hainaut, peculiarmente dolorosa y qué presiones pensaba aplicar sobre distintas zonas de su cuerpo, una vez que lo tuviera entre sus dedos.

Alentada por el silencio de su interlocutora, la voz trascendió el relato de la mera exploración carnal: se introdujo, con arte, en los territorios en que placer y dolor se tornan indistinguibles uno del otro. Hainaut sonrió, a medida en que la voz conjuraba actos en los que reconocía una paternidad literaria precisa, ascendencia a la que, Hainaut no dudaba al respecto, la voz debía ignorar por completo.

El relato se hizo escatológico, primero, y sanguinario, después.

El mutismo de Hainaut acabó por desalentarla. Bruscamente, sin morigerar su enfado, repitió nombre, número y código de la tarjeta de crédito, y dio fin a la comunicación sin siquiera articular un saludo.

Hainaut se puso de pie, algo mareada. Anduvo los trancos necesarios hasta el teléfono, por sobre libros, platos y mudas sucias de ropa, y entonces colgó. En el silencio, se le ocurrió que, como nunca antes, ese ínfimo trayecto le había resultado deliciosamente largo.

Durante el sueño, la oruga, encaramada a uno de los barrotes, voltea la jaula de bambú. El cilindro rebota en dos salientes —los lomos de dos libros— y se detiene unos pasos más allá. No hay sonidos: Hainaut no recibe eco alguno de esa doméstica alteración de su orden. Amortajada en su lecho, duerme, y en su sueño la oruga no está ausente. Sueña, más bien, con la jaula de bambú. La ve de pie, en su sitio, con las dimensiones sutilmente alteradas. En realidad, no podría decir si, en el sueño, la oruga permanece detrás de los barrotes, o si ha fugado: el insecto no parece ser, en verdad, el motor de su sueño. A los pies de una silla, a centímetros apenas de donde yace Hainaut, la oruga se cuela por entre los quebrados barrotes de su jaula, como una lengua que franquea la barrera de los dientes y cobra vida propia.

"*Quiero que cierre el guión: olvídese de él*", le dijo Wulfsige, con la voz de un hipnotizador, mientras quitaba las cuartillas de entre sus dedos húmedos. "*Concéntrese en la pantalla. Observe. Deténgase en los rostros. Lea sus labios. Imagine, si lo cree necesario, un diálogo entre los personajes*". Wulfsige rebobinó el film hasta el punto en que había colocado una tira de papel blanco. Accionó, entonces, el proyector.

La heroína, una rubia vulgar cuyas facciones parecían descomponerse a la luz de los reflectores, se debatía, blandamente, con las cadenas que la aherrojaban. Hendida por los hachazos, la puerta de su prisión cedía, dando paso a su padre y su hermano que, tintos en sangre, lo habían enfrentado todo para salvarla.

"*La historia no existe*", se dijo Hainaut.

Al descubrirla así, amarrada, padre e hijo vacilan. Sus hachas caen al suelo, sin producir sonido alguno que altere el runrún del proyector. En los ojos de sus salvadores, la heroína ve aflorar nuevos deseos, a los que no puede hurtarse. El único escape, parece pensar, está en el placer.

Wulfsige detuvo entonces la proyección. "*Ahora voy a dejarla sola, frente al micrófono, con el grabador en marcha. Recuerde lo que le he diho*", añadió, al tiempo que echaba las imágenes unos segundos hacia atrás. El motor reanudó su marcha y Wulfsige se escabulló, no sin antes tomar su capote del perchero.

Estaba, pues, sola. Las hachas botaron en el piso. Hainaut, alelada, truncó un suspiro. Las miradas le infundieron pavor. Cuando hizo conscientes los deseos de padre e hijo, comenzó a gemir, un gemido interminable, como de niño herido, como de fiera que ha caído en la trampa. Respondió, a las manos ajenas que se posaban sobre el cuerpo femenino, con una imprecación. El film no se detuvo: tampoco los avances sobre ese cuerpo. Su garganta reaccionó con ira, bullendo, vulnerada por la agresión de que se sentía objeto, mascullando maldiciones, hasta que una membrana pareció rajarse y creyó, entonces, que entre su vientre y su boca no había sino un único canal, un canal despejado, atlántico, por el que avanzaban brisas, de oxígeno puro, de ozono, a las que atesoraba desde hace largo tiempo.

El rollo del film llegó a su término: siguió girando, en el proyector, sobre su propio eje. La pantalla cobró un blanco intenso, en el que se quemaban todos los colores, en el que nadie podía entrar.

"*Bien*", oyó decir a Wulfsige, a sus espaldas. "*Muy, muy bien.*"

Le pidió permiso para retirarse al toilette.

Por la noche, él llegó con una botella de vino y se quitó su impermeable y entonces la besó. Le preguntó por Malory. Ella respondió que la oruga había desaparecido, que la jaula estaba vacía y que tuviera cuidado al caminar, porque podían pisarla, en un momento u otro. "*Ya la encontrarás*", le dijo él, avanzando hasta el refrigerador sin vigilar sus pies. Comieron empanadas chinas, y después Hainaut le sirvió un ala de pollo. El contempló su plato, en silencio. "*¿Cómo lo conseguiste?*", dijo, azorado. "*Magia*", dijo Hainaut, aunque luego admitió ciertos regateos en el mercado negro.

Luego se fueron a la cama, y resoplaron, y pujaron, y finalmente él se quebró, rompiendo en los reproches usuales, porque seguía fría y su sexo como arcilla, yerta, ahí, sobre las sábanas, mientras él se lastimaba el intentar penetrarla.

Cuando se fue, Hainaut tomó un libro de una de las pilas y quitó, de entre sus páginas, el recorte de un periódico. Marcó ocho números en el teléfono, aguardó dos segundos, marcó otra cifra. Sin esperar respuesta, sumió la ficha en el orificio de su amplificador y regresó a la cama. "*¿Quién es?*", oyó decir a su abuela, visiblemente molesta por el llamado a medianoche. "*Soy la que usted estaba buscando*", le dijo otra voz femenina. Hainaut sonrió. "*No sé de qué me habla*", dijo la vieja. La voz ensayó una carcajada: "*Son todas iguales. Llaman, y sólo entonces sienten afluir su dignidad. Déme los datos de su tarjeta de crédito, o cuelgue. No tengo tiempo para perder*". Recobrada su compostura, la vieja insistió: "*No sé de qué me habla*". La voz se encrespó, prorrumpió en insultos, amenazó. La vieja, impasible: "*No sé de qué me habla*". Alguien cortó la comunicación. Segundos más tarde —era la abuela, se dijo Hainaut, la que seguía allí— se escuchó el otro *clic*.

Quiso dormirse. Se destapó, de pronto, para revisar palmo a palmo las sábanas. La oruga no estaba allí.

"*De acuerdo a Eugène Vinaver* —anotó Hainaut—, *el de Malory no era sino un alias, una mascarada, detrás de la cual se ocultaba un prisionero de débil constitución física*".

Un enfermo, pensaba Hainaut. Malory era una simple traducción a la fonética inglesa del francés *maladie*, enfermedad.

Si eso era cierto, si Malory no se llamaba Malory, todo encajaba. El traductor, que se sabía apestado, convicto por violación y robo, había apelado a una leyenda en la que hombres y mujeres se inmolaban por el Graal, el cáliz con la sangre de Cristo. "*Detrás del celo que pone en las cifras, en la descripción de las batallas, en la geografía* —apunta Hainaut—, *Malory conserva el deseo de redimirse a través de su narración. Es un enfermo que emplea su arte, el de la traducción, con un fin religioso. Es un moribundo, cuya debilidad impulsa a su mano por sobre el papel.*"

Hainaut cree que Merlín no ha sido ajeno a ese impulso, pero se abstiene de anotarlo.

Le dijo que debía comprenderlo, que lo que había pedido era una flagrante violación a las normas, pero que, en virtud de su desempeño y por esa única vez, le había sido concedido. Erconwald sorbió dos veces su té y le dedicó una sonrisa. "*Usted no debe verme, señorita Hainaut. Convendría, incluso, que olvidara piadosamente mi nombre. Supongo, sin embargo, que no pidió una cita conmigo para prestar oídos a mis reconvenciones.*"

Ella apartó los ojos del patio y lo miró, sonriendo también. "*Quiero trabajar en sus films*", le dijo. Eso dijo: "*Trabajar en sus films*". Erconwald balbuceó, algo ofuscado: "*Creí que eso era lo que estaba haciendo, miss Hainaut*".

"*Usted no me entiende. Quiero participar de ellos. Delante de las cámaras. Como actriz.*"

Las mejillas de Erconwald se arrebolaron, y su cuerpo huesudo brincó sobre la silla del bar. "*Comete un error, miss Hainaut*", dijo. "*Usted no debe mezclarse con esa gente. Olvídelo. Olvídeme a mí. Olvídese, incluso de la gente a la que ha visto en la pantalla. Esto no es para usted.*"

No hubo, para Hainaut, el más mínimo resquicio por el que colar una réplica. Erconwald se irguió, le deseó buenas tardes y salió del bar, luego de calarse el sombrero hasta las magnas, frondosas cejas.

Pagó la cuenta y lo siguió, a una distancia discreta.

La oruga yacía sobre su lomo, los mechones de cerdas apuntando al techo, tiesa como un vegetal. Hainaut la tocó con el lápiz. No obtuvo respuesta. Se agolparon, en su mente, los pocos recuerdos que la unían al insecto: su contacto con el entomólogo chino en el mercado negro, el certificado que la acreditaba como una *Danaus plexippus* mutada, la sensible rebaja que había decidido su compra. "*Vive más de tres meses* —le habían asegurado— *y siempre como oruga. No teje capullo, no se aletarga, no se convierte en mariposa*". Hacía, de aquello, menos de un mes.

Aún perturbada, notó una protuberancia adherida a una de las patas de la cama, la que estaba más cercana a la oruga. Palpó. Era un capullo de 10 centímetros de longitud, pardo y todavía húmedo.

Con un cuchillo, trazó una hendidura de arriba a abajo en el capullo. Su consistencia le repugnó. Utilizó ambos pulgares para abrirlo: en su interior, dentro de la caparazón, no había absolutamente nada.

Esperaba su turno, en un rincón, apartada de los ires y venires del equipo. Entre las yemas de sus dedos, aferraba un ejemplar de *The Ill-Framed Knight*, de Matthews, con el que pretendía matar el tiempo. Alguien le pidió fuego. Se disculpó, con una sonrisa.

Dentro del libro halló una servilleta de papel. Recordó. Sobre esa superficie había una serie de anotaciones, a lápiz, efectuadas durante su viaje a Gran Bretaña, donde había adquirido el volumen, un par de años atrás. La dirección de un negocio que vendía entradas para espectáculos: Premier Box Office, 188 Shaftesbury Avenue. Los nombres de algunos de los primeros obispos británicos, tal como estaban grabados en uno de los muros de St. Paul's Cathedral: Ingwald, Eadgar, Erconwald, Coenwalh, Heathoberth, Osmund, Aethilnoth, Deorwulf, Wulfsige, Theodred, Byrhthelm, Aelfwig. Eso decía: "*Ingwald, Eadgar, Erconwald, Coenwalh, Heathoberth, Osmund, Aethilnoth, Deorwulf, Wulfsige, Theodred, Byrhthelm, Aelfwig*".

Hainaut leyó la lista por tercera vez. Le agradó hacerlo. Hizo un esfuerzo por recordar, por imaginarse a sí misma en aquella situación, reproduciendo, sobre una servilleta de papel, la grafía tallada en el muro. Quiso, entonces, verse a sí misma, desde el exterior de su cuerpo, como si fuera otro, otro que reparaba en la actitud de una turista, otro que observaba y tomaba, a su vez, nota.

Entonces la llamaron. Guardó el libro y el papel en su bolso, se quitó la bata y avanzó hasta el centro del *set*.

Era tarde, ya, para requerir nuevas instrucciones. Wulfsige —el que esto había dicho: "*Wulfsige*"— permanecía solo, sin moverse, con la mirada muerta sobre las relucientes latas de un film. Hainaut no había dado señales de vida. Ni una llamada. Ni un mensaje. Sobre mediodía, su ausencia se había tornado en furia. Quiso, entonces, dedicarse al material que acababa de llegar a sus manos, un film flamante, celuloide que cimbraba entre sus dedos.

Algo, no sabía qué, lo conminó a dejarlo.

Prefirió calzarse el capote, el sombrero, las botas, y salir a la explanada, bajo la lluvia de ozono, mientras docenas de rostros gesticulaban detrás de los vidrios, en el interior del edificio, gritándole, en mudo mensaje, para que huyera de allí, para que desistiera de ofrecerse a la lluvia, para que renunciara a su locura.

Minutos más tarde estaba de regreso en el cubículo, aterido, trabando la puerta por dentro. Tomó, al azar, uno de los rollos del nuevo film, y lo encajó en el proyector. En la pantalla irrumpió Hainaut, sin ropas, amarrada a un poste, con una cinta de metal que rodeaba su cuello y que concluía, detrás del madero, en un enorme tornillo. Un hombre, o lo que para Wulfsige era la espalda de un hombre, se ciñó sobre la mitad inferior del cuerpo de Hainaut. Wulfsige tanteó, en la oscuridad, la perilla que liberaba el sonido ambiente del film: erró el camino varias veces, y el ronroneo del proyector siguió regodeándose con sus oídos. Sobre la pantalla, el hombre —su espalda— se ensañó con Hainaut, sacudiéndola, cada vez más cercano al paroxismo. La vio abrir la boca, en busca del aire que se le negaba. Wulfsige apuró su camino por entre el mar de perillas. Entrevió, detrás de Hainaut, dos jóvenes que manipulaban el tornillo.

Al mismo tiempo, y por obra del mismo, torpe, gesto, Wulfsige soltó involuntariamente la cinta de celuloide —la pantalla se llenó de luz, blanca, incandescente— y liberó el sonido del film. El grito que resonó en los parlantes de la sala conservaba, al comienzo, una afinidad bastarda con el placer, pero luego, al extenderse en el tiempo, más estridente, más rotundo, en el pico de su registro sonoro, era la viva manifestación de la agonía.



Jueves 7 de febrero de 1991

RATEGIA
ALORY

o *Figueras*

televisión, y se lo escucha por sospechas, pero no. Figueras mote de *escritor*, fatiga la vieja lo poniendo punto final a su o peronista" —que publicará — y entrega así, como quien no el que el cine, las orugas y el a mano con los Caballeros Redonda.

No tenga miedo de su propia saliva. Se halla a salvo de cualquier shock eléctrico".

Estaba lista, creyó decir, asintiendo con la cabeza. La imagen se puso otra vez en movimiento: una puerta que se abre, rostros que se interrogan, el comienzo del simulacro galante. Pensó en la oruga. Sobre la pantalla, los broches cedían y la ropa besaba el piso. Hainaut abrió la boca, trémula, trabando el vientre. De su garganta no salió sino un lamento.

"No puedo", arguyó.

"Sí puede", oyó a Wulfsige, instándola a seguir.

El lamento cobró entonces vigor, más y más ronco a cada bocanada, escaldándose el pecho, hasta culminar en un único y prolongado grito de dolor. Wulfsige detuvo el proyector. *"Bien"*, quiso alentarla. *"Mucho mejor"*.

Lo intentaron durante una hora más. Entonces Wulfsige encendió las lámparas del cuarto y le sugirió se retirara a descansar, que seguramente la próxima jornada sería más fructífera, que siempre pasaba lo mismo en las primera sesiones.

La puerta, una oblea de vidrio esmerilado, se cerró a sus espaldas. Se preguntó qué la retenía allí, en un pasillo, como si el suelo rezumara miel y no pudiera despegar las botas.

En cuclillas, sobre la alfombra, buceó entre los papeles sueltos hasta dar con un periódico viejo. Lo extendió sobre la cama, sin inmutarse por el polvo, que tiznó las madreperlas. Munida de su lápiz, recorrió palmo a palmo la página escogida. Trazó círculos en torno a dos avisos. Con el lápiz entre los dientes, avisada de la creciente torpeza de sus movimientos, marcó ocho cifras en el teléfono. Le contestó una voz desconocida. Introdujo la ficha en el amplificador, y se desplomó sobre la cama.

La voz, conscientemente femenina, requirió algunos datos: qué tarjeta de crédito poseía Hainaut, su número, su código. Se aplicó, entonces, luego de un breve silencio, a describir lo que pensaba hacerle —a ella, a Hainaut— si se encontraban, cara a cara, en un mismo cuarto. Sin escatimar detalles, con la cadencia de un viejo narrador, la voz precisó cómo iba a despojarla de sus ropas —la morosidad del proceso se le antojó, a Hainaut, peculiarmente dolorosa y qué presiones pensaba aplicar sobre distintas zonas de su cuerpo, una vez que lo tuviera entre sus dedos.

Alentada por el silencio de su interlocutora, la voz trascendió el relato de la mera exploración carnal: se introdujo, con arte, en los territorios en que placer y dolor se tornan indistinguibles uno del otro. Hainaut sonrió, a medida en que la voz conjuraba actos en los que reconocía una paternidad literaria precisa, ascendencia a la que, Hainaut no dudaba al respecto, la voz debía ignorar por completo.

El relato se hizo escatológico, primero, y sanguinario, después.

El mutismo de Hainaut acabó por desalentarla. Bruscamente, sin morigerar su enfado, repitió nombre, número y código de la tarjeta de crédito, y dio fin a la comunicación sin siquiera articular un saludo.

Hainaut se puso de pie, algo mareada. Anduvo los trancos necesarios hasta el teléfono, por sobre libros, platos y mudas sucias de ropa, y entonces colgó. En el silencio, se le ocurrió que, como nunca antes, ese ínfimo trayecto le había resultado deliciosamente largo.

Durante el sueño, la oruga, encaramada a uno de los barrotes, voltea la jaula de bambú. El cilindro rebota en dos salientes —los lomos de dos libros— y se detiene unos pasos más allá. No hay sonidos: Hainaut no recibe eco alguno de esa doméstica alteración de su orden. Amortajada en su lecho, duerme, y en su sueño la oruga no está ausente. Sueña, más bien, con la jaula de bambú. La ve de pie, en su sitio, con las dimensiones sutilmente alteradas. En realidad, no podría decir si, en el sueño, la oruga permanece detrás de los barrotes, o si ha fugado: el insecto no parece ser, en verdad, el motor de su sueño. A los pies de una silla, a centímetros apenas de donde yace Hainaut, la oruga se cuela por entre los quebrados barrotes de su jaula, como una lengua que franquea la barrera de los dientes y cobra vida propia.

"Quiero que cierre el guión: olvídese de él", le dijo Wulfsige, con la voz de un hipnotizador, mientras quitaba las cuartillas de entre sus dedos húmedos. *"Concéntrese en la pantalla. Observe. Deténgase en los rostros. Lea sus labios. Imagine, si lo cree necesario, un diálogo entre los personajes"*. Wulfsige rebobinó el film hasta el punto en que había colocado una tira de papel blanco. Accionó, entonces, el proyector.

La heroína, una rubia vulgar cuyas facciones parecían descomponerse a la luz de los reflectores, se debatía, blandamente, con las cadenas que la aherrojaban. Hendida por los hachazos, la puerta de su prisión cedía, dando paso a su padre y su hermano que, tintos en sangre, lo habían enfrentado todo para salvarla.

"La historia no existe", se dijo Hainaut.

Al descubrirla así, amarrada, padre e hijo vacilan. Sus hachas caen al suelo, sin producir sonido alguno que altere el runrún del proyector. En los ojos de sus salvadores, la heroína ve aflorar nuevos deseos, a los que no puede hurtarse. El único escape, parece pensar, está en el placer.

Wulfsige detuvo entonces la proyección. *"Ahora voy a dejarla sola, frente al micrófono, con el grabador en marcha. Recuerde lo que le he diho"*, añadió, al tiempo que echaba las imágenes unos segundos hacia atrás. El motor reanudó su marcha y Wulfsige se escabulló, no sin antes tomar su capote del perchero.

Estaba, pues, sola. Las hachas botaron en el piso. Hainaut, alelada, truncó un suspiro. Las miradas le infundieron pavor. Cuando hizo conscientes los deseos de padre e hijo, comenzó a gemir, un gemido interminable, como de niño herido, como de fiera que ha caído en la trampa. Respondió, a las manos ajenas que se posaban sobre el cuerpo femenino, con una imprecación. El film no se detuvo: tampoco los avances sobre ese cuerpo. Su garganta reaccionó con ira, bullendo, vulnerada por la agresión de que se sentía objeto, mascullando maldiciones, hasta que una membrana pareció rajarse y creyó, entonces, que entre su vientre y su boca no había sino un único canal, un canal despejado, atlántico, por el que avanzaban brisas, de oxígeno puro, de ozono, a las que atesoraba desde hace largo tiempo.

El rollo del film llegó a su término: siguió girando, en el proyector, sobre su propio eje. La pantalla cobró un blanco intenso, en el que se quemaban todos los colores, en el que nadie podía entrar.

"Bien", oyó decir a Wulfsige, a sus espaldas. *"Muy, muy bien."*

Le pidió permiso para retirarse al toilette.

Por la noche, él llegó con una botella de vino y se quitó su impermeable y entonces la besó. Le preguntó por Malory. Ella respondió que la oruga había desaparecido, que la jaula estaba vacía y que tuviera cuidado al caminar, porque podían pisarla, en un momento u otro. *"Ya la encontrarás"*, le dijo él, avanzando hasta el refrigerador sin vigilar sus pies. Comieron empanadas chinas, y después Hainaut le sirvió un ala de pollo. Él contempló su plato, en silencio. *"¿Cómo lo conseguiste?"*, dijo, azorado. *"Magia"*, dijo Hainaut, aunque luego admitió ciertos regateos en el mercado negro.

Luego se fueron a la cama, y resoplaron, y pujaron, y finalmente él se quebró, rompiendo en los reproches usuales, porque seguía fría y su sexo como arcilla, yerta, ahí, sobre las sábanas, mientras él se lastimaba el intentar penetrarla.

Cuando se fue, Hainaut tomó un libro de una de las pilas y quitó, de entre sus páginas, el recorte de un periódico. Marcó ocho números en el teléfono, aguardó dos segundos, marcó otra cifra. Sin esperar respuesta, sumió la ficha en el orificio de su amplificador y regresó a la cama. *"¿Quién es?"*, oyó decir a su abuela, visiblemente molesta por el llamado a medianoche. *"Soy la que usted estaba buscando"*, le dijo otra voz femenina. Hainaut sonrió. *"No sé de qué me habla"*, dijo la vieja. La voz ensayó una carcajada: *"Son todas iguales. Llaman, y sólo entonces sienten afluir su dignidad. Déme los datos de su tarjeta de crédito, o cuelgue. No tengo tiempo para perder"*. Recobrada su compostura, la vieja insistió: *"No sé de qué me habla"*. La voz se encrespó, prorrumpió en insultos, amenazó. La vieja, impasible: *"No sé de qué me habla"*. Alguien cortó la comunicación. Segundos más tarde —era la abuela, se dijo Hainaut, la que seguía allí— se escuchó el otro *clic*.

Quiso dormirse. Se destapó, de pronto, para revisar palmo a palmo las sábanas. La oruga no estaba allí.

"De acuerdo a Eugène Vinaver —anotó Hainaut—, *el de Malory no era sino un alias, una mascarada, detrás de la cual se ocultaba un prisionero de débil constitución física"*.

Un enfermo, pensaba Hainaut. Malory era una simple traducción a la fonética inglesa del francés *maladie*, enfermedad.

Si eso era cierto, si Malory no se llamaba Malory, todo encajaba. El traductor, que se sabía apestado, convicto por violación y robo, había apelado a una leyenda en la que hombres y mujeres se inmolaban por el Grial, el cáliz con la sangre de Cristo. *"Detrás del celo que pone en las cifras, en la descripción de las batallas, en la geografía* —apunta Hainaut—, *Malory conserva el deseo de redimirse a través de su narración. Es un enfermo que emplea su arte, el de la traducción, con un fin religioso. Es un moribundo, cuya debilidad impulsa a su mano por sobre el papel."*

Hainaut cree que Merlín no ha sido ajeno a ese impulso, pero se abstiene de anotarlo.

Le dijo que debía comprenderlo, que lo que había pedido era una flagrante violación a las normas, pero que, en virtud de su desempeño y por esa única vez, le había sido concedido. Erconwald sorbió dos veces su té y le dedicó una sonrisa. *"Usted no debe verme, señorita Hainaut. Convendría, incluso, que olvidara piadosamente mi nombre. Supongo, sin embargo, que no pidió una cita conmigo para prestar oídos a mis reconvenciones."*

Ella apartó los ojos del patio y lo miró, sonriendo también. *"Quiero trabajar en sus films"*, le dijo. Eso dijo: *"Trabajar en sus films"*. Erconwald balbuceó, algo ofuscado: *"Creí que eso era lo que estaba haciendo, miss Hainaut"*.

"Usted no me entiende. Quiero participar de ellos. Delante de las cámaras. Como actriz."

Las mejillas de Erconwald se arrebolaron, y su cuerpo huesudo brincó sobre la silla del bar. *"Comete un error, miss Hainaut"*, dijo. *"Usted no debe mezclarse con esa gente. Olvídelo. Olvídeme a mí. Olvídese, incluso de la gente a la que ha visto en la pantalla. Esto no es para usted."*

No hubo, para Hainaut, el más mínimo resquicio por el que colar una réplica. Erconwald se irguió, le deseó buenas tardes y salió del bar, luego de calarse el sombrero hasta las magnas, frondosas cejas.

Pagó la cuenta y lo siguió, a una distancia discreta.

La oruga yacía sobre su lomo, los mechones de cerdas apuntando al techo, tiesa como un vegetal. Hainaut la tocó con el lápiz. No obtuvo respuesta. Se agolparon, en su mente, los pocos recuerdos que la unían al insecto: su contacto con el entomólogo chino en el mercado negro, el certificado que la acreditaba como una *Danaus plexippus* mutada, la sensible rebaja que había decidido su compra. *"Vive más de tres meses* —le habían asegurado— *y siempre como oruga. No teje capullo, no se aletarga, no se convierte en mariposa"*. Hacía, de aquello, menos de un mes.

Aún perturbada, notó una protuberancia adherida a una de las patas de la cama, la que estaba más cercana a la oruga. Palpó. Era un capullo de 10 centímetros de longitud, pardo y todavía húmedo.

Con un cuchillo, trazó una hendidura de arriba a abajo en el capullo. Su consistencia le repugnó. Utilizó ambos pulgares para abrirlo: en su interior, dentro de la caparazón, no había absolutamente nada.

Esperaba su turno, en un rincón, apartada de los ires y venires del equipo. Entre las yemas de sus dedos, aferraba un ejemplar de *The Ill-Framed Knight*, de Matthews, con el que pretendía matar el tiempo. Alguien le pidió fuego. Se disculpó, con una sonrisa.

Dentro del libro halló una servilleta de papel. Recordó. Sobre esa superficie había una serie de anotaciones, a lápiz, efectuadas durante su viaje a Gran Bretaña, donde había adquirido el volumen, un par de años atrás. La dirección de un negocio que vendía entradas para espectáculos: Premier Box Office, 188 Shaftesbury Avenue. Los nombres de algunos de los primeros obispos británicos, tal como estaban grabados en uno de los muros de St. Paul's Cathedral: Ingwald, Eadgar, Erconwald, Coenwalh, Heathoberth, Osmund, Aethilnoth, Deorwulf, Wulfsige, Theodred, Byrhthelm, Aelfwig. Eso decía: *"Ingwald, Eadgar, Erconwald, Coenwalh, Heathoberth, Osmund, Aethilnoth, Deorwulf, Wulfsige, Theodred, Byrhthelm, Aelfwig"*.

Hainaut leyó la lista por tercera vez. Le agradó hacerlo. Hizo un esfuerzo por recordar, por imaginarse a sí misma en aquella situación, reproduciendo, sobre una servilleta de papel, la grafía tallada en el muro. Quiso, entonces, verse a sí misma, desde el exterior de su cuerpo, como si fuera otro, otro que reparaba en la actitud de una turista, otro que observaba y tomaba, a su vez, nota.

Entonces la llamaron. Guardó el libro y el papel en su bolso, se quitó la bata y avanzó hasta el centro del *set*.

Era tarde, ya, para requerir nuevas instrucciones. Wulfsige —el que esto había dicho: *"Wulfsige"*— permanecía solo, sin moverse, con la mirada muerta sobre las relucientes latas de un film. Hainaut no había dado señales de vida. Ni una llamada. Ni un mensaje. Sobre mediodía, su ausencia se había tornado en furia. Quiso, entonces, dedicarse al material que acababa de llegar a sus manos, un film flamante, celuloide que cimbraba entre sus dedos.

Algo, no sabía qué, lo conminó a dejarlo.

Prefirió calzarse el capote, el sombrero, las botas, y salir a la explanada, bajo la lluvia de ozono, mientras docenas de rostros gesticulaban detrás de los vidrios, en el interior del edificio, gritándole, en mudo mensaje, para que huyera de allí, para que desistiera de ofrecerse a la lluvia, para que renunciara a su locura.

Minutos más tarde estaba de regreso en el cubículo, aterido, trabando la puerta por dentro. Tomó, al azar, uno de los rollos del nuevo film, y lo encajó en el proyector. En la pantalla irrumpió Hainaut, sin ropas, amarrada a un poste, con una cinta de metal que rodeaba su cuello y que concluía, detrás del madero, en un enorme tornillo. Un hombre, o lo que para Wulfsige era la espalda de un hombre, se ciñó sobre la mitad inferior del cuerpo de Hainaut. Wulfsige tanteó, en la oscuridad, la perilla que liberaba el sonido ambiente del film: erró el camino varias veces, y el ronroneo del proyector siguió regodeándose con sus oídos. Sobre la pantalla, el hombre —su espalda— se ensañó con Hainaut, sacudiéndola, cada vez más cercano al paroxismo. La vio abrir la boca, en busca del aire que se le negaba. Wulfsige apuró su camino por entre el mar de perillas. Entrevió, detrás de Hainaut, dos jóvenes que manipulaban el tornillo.

Al mismo tiempo, y por obra del mismo, torpe, gesto, Wulfsige soltó involuntariamente la cinta de celuloide —la pantalla se llenó de luz, blanca, incandescente— y liberó el sonido del film. El grito que resonó en los parlantes de la sala conservaba, al comienzo, una afinidad bastarda con el placer, pero luego, al extenderse en el tiempo, más estridente, más rotundo, en el pico de su registro sonoro, era la viva manifestación de la agonía.



Mar del Plata

Para comprar un buzón: En los tiempos en que las comunicaciones marchan con la rapidez del fax y el DDI, más de un romántico, sin embargo, prefiere el antiguo método de las cartas, cuando de amor se trata. Bettiana Blum y Arturo Bonín, dirigidos por Oscar Barney Finn, cuentan en *Love letters (Cartas de amor)* la relación de una pareja, a través de su correspondencia. La pieza de Gurney, en versión de Fernando Masllorens y Federico González del Pino, tras una larga temporada con elenco rotativo en la cartelera porteña, se presenta en el teatro Corrientes II, de martes a domingo en el horario de las 22.

El teatro que levanta vuelo: Dos amigos que cuando los años les pesan en las espaldas deciden pilotear los recuerdos para volar hacia el pasado. Tal el eje de *Aeroplanos*, la obra teatral escrita y dirigida por Carlos Gorostiza que interpretan Carlos Carella y Pepe Novoa de martes a domingo en el teatro Roberto J. Payró ubicado en Boulevard Marítimo 2280.

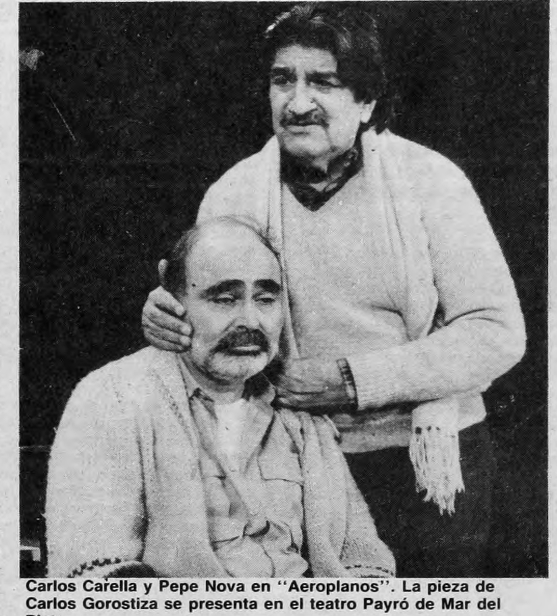
En el nombre de Quiroga: En el Auditórium, Casino Central, de martes a domingo, en el horario de las 19, se presenta la comedia infantil titulada *Los cuentos de la selva*, basada en la obra de Horacio Quiroga. La dirección está a cargo de Juan Carlos Ricci.

La débacle show: Tal el título del espectáculo que presentan las Gambas al Ajillo de martes a domingo en el horario de las 22.30 en el teatro Colón. Ellas son Alejandra Fechner, María José Gabín, Verónica Llinas, Laura Market y el invitado crónico, Miguel Fernando Alonso. Humor filoso y despiadado en el que las Gambas se ríen de los achaques que trae la vejez, de las idas y vueltas de una histérica de manual y de todo lo que tenga que ver con el sexo y sus alrededores. Tras una exitosa temporada en el teatro Empire de Buenos Aires, las ex reinas del *underground* —porque bien se sabe que ahora se lucen en la superficie— hacen de las suyas en estas playas.



Necochea

Anclados en estas playas: En el teatro De la Peatonal, ubicado en la calle 83, entre 2 y 4 de martes a domingos a las 23 se presenta *Anclado en Madrid*, la obra de Roberto Ibáñez, interpretada por Roberto Carnaghi y Hugo Grosso, con la dirección de Villanueva Cosse. La historia se refiere a Jacinto (Carnaghi), un machista argentino, tanguero y melancólico por su Buenos Aires abandonada, un malevo que, sin saberlo, se enamora de Rita, un travesti que trabaja como bailarina. Exiliados en Madrid, transitarán desde el drama hasta el humor. Jacinto llegó hasta esas tierras porque pensó que en España el tango era rey, que allí triunfaría mostrando su baile. Rita partió marginada por su condición de travesti que ni su familia ni la sociedad lograban comprender. Del encuentro de ambos se nutre la pieza del autor de *Falta envido*, un tucumano que no duda en declarar que con *Anclado en Madrid* apuntó a que "los personajes nos ayuden a sacarnos las máscaras y a cantarnos las cuarenta".



Carlos Carella y Pepe Nova en "Aeroplanos". La pieza de Carlos Gorostiza se presenta en el teatro Payró de Mar del Plata.

Mini-Clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

(La) Ciudad de Arabia Saudita		Nombre de mujer	Río alemán	Elevaciones		Escogerás, elegirás	Norte	De esta manera	Impregnará algo con nitrógeno
(Diego) Futbolista									
Magistrado romano					Reposa, descansa				
Cantante de profesión									
		Apócope de tono	Organo de la visión		Consonancia o asonancia de dos voces		Rey de Troya	Enfermedad	
Dios escandinavo de la guerra									
Humedece con un líquido					Parte del tejado				
	Apócope de nosotros				Solitaria				

MARADONA■
EDIL■POSA
CANTATRIZ
A■■U■A■■O
■TOR■RIMA
MOJA■ALAR
■NOS■SOLA